

FRANCISCO: SIN CONFESAR, NI CAMINAR NI EDIFICAR

Por Karen Cancinos

Es muy emocionante eso de las fumarolas en el Vaticano. A mediodía del miércoles 13 de marzo, en cuanto escuché que era blanca, me pegué a la transmisión por radio en el auto y me conecté a internet al llegar a mi destino. Por la noche me desvelé viendo el reprise televisado. Anoto estos detalles pues estoy en Guatemala, siete horas más temprano que Roma en esta época del año.

Cuando se anunció el nombre del nuevo pontífice me quedé estupefacta, como muchos supongo. Debo decir que ver al papa Francisco no suscitó en mí nada parecido a un amor a primera vista, si se me permite la expresión. Pero cuando me sorprendí pensando como secular desinformada, tuve que recordar que no se trata de mi opinión y de mis preferencias, sino de lo que este hombre significa para la Iglesia, que se da el caso es la mía.

Durante los días y semanas siguientes –hasta hoy de hecho– he leído y escuchado toda clase de disparates, comenzando con las patanerías de Maradona, el ex futbolista argentino caído en desgracia, y las burradas de un hombrecito de pocas luces, que para infortunio de sus compatriotas ha parado de jefe de estado de Venezuela. Los políticos, naturalmente, se apresuraron a competir entre sí para ver quién decía la estupidez más colosal. Que si el nuevo papa se erigirá en el “paladín de los pobres”, que si su pontificado servirá para “luchar por la igualdad”, que si el papado traerá una época signada por la “batalla contra el racismo y la exclusión”, en fin. Oyéndolos cualquiera pensaría que Francisco será –o tiene intención de ser– uno de ellos, es decir, un político más, nomás que con sotana blanca.

Tengo para mí que los espera la decepción más honda. Si se hubiesen tomado la molestia de escuchar o leer la primera homilía del Papa, a estas alturas ya sabrían que Francisco es austero y sencillo, pero tiene su cometido más que claro. Como miembro de la Compañía de Jesús que es, ha asumido y ejercerá el ministerio petrino como una misión. Una misión, por cierto, no pocas veces más penosa que agradable. Un cúmulo de cargas, en suma, que en nada se presta para la propia indulgencia.

En ese primer mensaje Francisco afirmó que los católicos debemos caminar, edificar y confesar. Es decir que debemos continuar avanzando, no detenernos, en el entendido de que lo hacemos a la sombra de Aquél que fundó nuestra iglesia y que es el centro de todas las cosas, papado incluido. Luego debemos edificar: construir, erigir, pero no para echarnos el auto bombo, sino para dar honra y gloria con nuestra vida a Aquél que nos creó. Y finalmente, estamos llamados a confesar. Porque está muy bien perseguir la excelencia en todas nuestras labores, y hacer por otros todo lo que podamos, pero si ejecutamos sin “confesar”, es decir, sin proclamar a Jesucristo, pararemos convirtiéndonos en *oenegeros* o vulgares activistas a favor o en contra de esto o aquello.

Obviamente el nuevo pontífice –como sus predecesores– no adversa las ONG o los emprendimientos de ayuda social. Pero la Iglesia que le ha tocado encabezar, lo sabe bien, ni es una multinacional de beneficencia, ni una organización política de esta u otra adscripción ideológica. No es “latinoamericana”, aunque él lo sea, ni “jesuita”, aunque él mismo se cuente entre los hijos de Ignacio de Loyola. Es universal (eso significa *católica*), santa porque santo es su fundador, pero constituida por pecadores. Un reto colosal sí. Pero, en palabras del propio Francisco, “aquí estamos”.

Sí, aquí estamos querido Papa. Contigo. ¡Bienvenido seas!

